

## UN PEDIATRA, UN CORAZÓN Y UN DESTINO

El día antes de partir hacia mi país, Mali, con el fin de trabajar como pediatra en una misión de la ONG a la que pertenezco, estaba en mi habitación tranquilamente preparando mi maleta. Al poco tiempo de comenzar a prepararla, mis queridas hijas, Sira y Kora, entraron en mi cuarto con cara de tristeza. Yo noté su preocupación y les hice pasar. Ellas se sentaron sobre mi alfombra y, disgustadas, me preguntaron: “¿Por qué te vas tanto tiempo tan lejos?” En ese instante me di cuenta de que era el momento de contarles la historia de por qué decidí ser pediatra, así que comencé el relato:

“Hace más de 20 años, vivía en un pueblo pequeño de Mali con mis padres y mi hermano pequeño Salif. Éramos pobres, pero muy felices, hasta que vuestro tío comenzó a sentirse mal. Vuestros abuelos buscaron un especialista que le atendiera por todo Mali, pero no encontraron ningún pediatra, o si lo había, no lo podían pagar. Mis padres estaban desesperados: ¡no encontraban la manera de poder ayudar a su hijo! Después de mucho tiempo de búsqueda, de forma sorprendente, llegó el hombre que cambió nuestras vidas. Era un pediatra español que formaba parte de una ONG y viajaba por todo el mundo ayudando a los niños más necesitados. Un día, mientras estábamos en casa, llamaron a la puerta. Al abrir apareció un señor desconocido que amablemente preguntaba por Salif. Yo contesté que vivía allí. Él me pidió permiso para conocer a mis padres. Les informó que era pediatra y les explicó que en la aldea, nuestros vecinos le habían hablado de la situación de mi hermano. Se ofreció a intentar ayudarnos desinteresadamente y a continuación atendió a Salif con mucha dulzura, intentando en todo momento que no sintiera miedo. Yo observaba a escondidas toda la exploración y me sentía fascinada. Al finalizar la misma, aconsejó con voz calmada a mis padres, que la mejor manera de ayudar a Salif sería llevarlo a España por un tiempo, donde él se encargaría de que le pudieran hacer un diagnóstico y tratar adecuadamente. Mis padres le contaron que no podíamos permitirnos semejante gasto. Él nos contestó que no nos preocupáramos por el dinero, que él se

encargaría, junto a su organización, de que no tuviéramos problemas en ese aspecto. Y sobre todo, insistió en que nuestra única labor era algo que sólo podíamos hacer nosotros: dar mucho cariño y apoyo a Salif. En menos de una semana mi madre y mi hermano partieron a España acompañados del doctor que le iba a salvar la vida. Después de varias pruebas y una operación de corazón complicada pero exitosa, en unos meses teníamos de vuelta en la aldea a mi madre y a vuestro tío, totalmente curado y con ganas de recuperar el tiempo de juego y travesuras perdido durante la enfermedad. Como podéis imaginar yo estaba alucinada con todo lo que había pasado. Al año siguiente, cuando el médico que lo había hecho todo posible volvió, le pedí poder acompañarle en sus visitas a los pueblos de la zona. El aceptó de buen grado y me dijo que podía servirle de gran ayuda a la hora de facilitar la comunicación entre los pacientes y él. En esas jornadas descubrí lo fascinante de su trabajo y a la vez lo divertido que podía llegar a ser. Nunca olvidaré cómo utilizaba los gustos e intereses de los niños en las exploraciones que realizaba, para quitarles el miedo. Por ejemplo, si les gustaban los libros de fantasía, les contaba que tenía una lupa mágica para poder observar los elfos guardianes que se encargaban de que todo estuviera en orden en sus oídos. Si les apasionaba la música, les explicaba que con el estetoscopio iba a escuchar el tambor que latía en su interior al ritmo de su canción favorita. Si su sueño era ser unos ases de la robótica, al explorar sus reflejos les decía que iba a comprobar si sus rodillas se movían como uno de los robots que iban a programar cuando fueran mayores...Todas las exploraciones eran distintas y las convertía en una aventura única y especial, por lo que los niños lo adoraban. Desde entonces tuve claro que sería pediatra, como él. A la hora de estudiar la carrera me vine a España con su ayuda y aquí logré hacer realidad mi sueño de convertirme en pediatra para ayudar a niños como mi hermano. En España conocí a vuestro padre y conseguí mi otro sueño: crear una bonita familia, pero esa es otra historia..."

Al final mis hijas entendieron que tenía que marcharme por un tiempo y nos despedimos con un beso y un abrazo tan fuerte que les durara hasta mi regreso.